



BARCELONA 13 de Enero

de 1888

# LA SEMANA COMICA.

Director: José Fernandez de la Reguera

## NUESTROS ESCRITORES

**SUSCRICIÓN**  
 Barcelona trimestre 1'50 pta  
 Provincias. . . . . 2  
**PAGO ADELANTADO**  
 Número suelto  
**10 CENTIMOS**  
 REDACCIÓN SITJAS 3.

### LUIS TABOADA

—\*—  
 Autor chispeante, fecundo,  
 de talento excepcional,  
 que tiene toda la sal  
 de las salinas del mundo.



## SUMARIO

TEXTO.—*Los Madriles*, por L. Taboada.—*Confiteor*, por Sinesio Delgado —; *Si supiera escribir!* por J. Borrás.—*En el baile*, por José M. Almodóbar.—*Pico de Oro*, por Antonio de Trueba.—*El Alcohol*, por F. Ullacia y Beitía.—*¿Quién es el primo?* por A. Luminiana.—*Chirigotas*.—*Correspondencia*.—*Anuncios*.

GRABADOS: *Luis Taboada*, por Cilla.—*Ojos*, y *En el café*, por Benlliure.

## LOS MADRILES



De algunos días á esta parte, la gente se muere que es una bendición.

Después de los maestros Blazquez y Espino, autores ambos de zarzuelas aplaudidas, bajó á la tumba el insigne Fernández y González, prodigio de fecundidad y asombro de la generación presente.

Su entierro fué una verdadera manifestación de simpatía y respeto hacia el novelista inagotable y el poeta maravilloso que deja escritas cuatrocientas obras y ha cobrado cuatro millones de reales durante su vida de escritor.... Cuando exhaló el último suspiro no le quedaban más que seis reales en el bolsillo del chaleco.... ¡Los cuatro millones habían desaparecido!

Fernández y González era extraordinario en todo: hasta en gastar miles de duros.

En cambio, andan por aquí una porción de escritorzuelos, de la clase de congrios, que tienen dinero en el Monte y no carecen de la necesaria ropa de abrigo. Hay alguno que hasta tiene impermeable para los días de lluvia.

Fernández y González poseía, por toda envoltura, un *carrick* que había sido de color de ceniza y con el cual le conocimos allá por el año 70; más que *carrick* parecía un capote de sereno.

En cierta ocasión dijimos al ilustre poeta:

—D. Manuel. Este año vamos á tener un invierno horroroso. Me lo ha dicho Bustillo, que ha escrito *Las Estaciones* y está en el secreto.

Y él, que no daba nunca su brazo á torcer, ni confesaba jamás sus escaseces, nos contestó tranquilamente:

—Por mí, ya puede helarse hasta el ministerio de la Gobernación. Gracias á Dios tengo buena ropa...

Muchos escritores, actores y artistas de otro género acompañaron hasta la última morada el cadáver de D. Manuel. La mayor parte de los concurrentes rendían fervoroso culto al insigne novelista y lamentaban de todo corazón la irreparable pérdida.

Otros, contemporáneos suyos, y enemigos declarados del mérito ajeno, llegaron á la sacramental y no quisieron separarse de allí, hasta ver si el difunto quedaba bien enterrado.

..

Los teatros continúan lo mismo, gracias á Dios.

Para una obra que guste, como *Los domingueros*, hay siete que bajan al foso.

Da lástima ver las caras de los autores, empresarios y artistas. Llegó uno al saloncillo de un teatro y cree entrar en las oficinas de la *Funebridad*, agencia triste y competidora de *La Funeraria*, que tiene escrita esta terrible sentencia en las paredes de su domicilio:

*Aquí acaba el placer y vanos gustos  
y empieza la carrera de los justos*

Como íbamos diciendo, los teatros andan mal y en los saloncillos se notan á primera vista los efectos de la hostilidad, casi siempre justa, del público pagano.

—Buenas noches, caballeros—dice V. al entrar.

—Buenas noches—contesta lanzando un suspiro el maltrecho empresario.

—Hay buena entrada ¿eh?

—¡Psch!...

El autor recién estrenado yace en un rincón con la mirada fija en el techo. De pronto sale de sus meditaciones y exclama:

—Si, señor; no se puede dudar de que existen los reventadores.

—¡Vaya si existen!—dice el empresario.

—Y sino, no tienen Vdes. más que ver lo que paso anoche con mi obra. Antes de llegar á la segunda escena, ya me habian llamado bruto catorce veces. Lo que más siento es lo que le sucedió á mi familia, que estaba en un palco.

—¿Pero asistió al estreno?

—¡Claro! ¿Quién habla de creer que la obra no gustaría? Yo traje á todos; á mí señora, á mi cuñada, á mi primo que ha venido de Filipinas, y á dos niños que tengo. Cuando el público comenzó á silbar, mi esposa se puso de pié y les dijo cuatro cosas á los alborotadores.

—Bien hecho.

—Uno del público le contestó de mala manera y entonces mi primo, que tiene un genio atroz, sacó el estoque y si no le sugetan, mata allí mismo media docena de personas... Hoy está con anginas.

—¡Naturalmente! La irritación...

—¡Es mucho cuento este, señor! Escribe uno, pasa malas noches, se molesta en ensayar y luego llega el público y revienta la obra.

El empresario no hace más que mover la cabeza y poner los ojos en blanco. Por fin se levanta y dice:

—No saben Vdes. de la misa la media. Lo que hay aquí es una intriga de otro teatro. Se desea que no gusten las obras, porque de gustar, tendrían que dar un estallido otras empresas.

—Yo he visto ayer caras muy sospechosas en las butacas, —añade un amigo del empresario.

—Y yo—agrega otro.

—Dicen que se habian repartido doscientos billetes entre otras tantas personas, á condición de que patearan.

—Lo creo.

—¡Qué país!

Nunca falta un aficionado á los bastidores que entra en el saloncillo dispuesto á ser simpático á todo el mundo y encarándose con el autor le dice:

—Hola, señor Falsilla. Ayer no pude venir, porque se le murió una tía á un compañero de casa de huéspedes y tuvimos que embalsamarla entre los dos, pero me han dicho que la obra de V. gustó mucho. Que sea enhorabuena.

El autor saluda en silencio y los demás personajes se miran y bajan la cabeza. El aficionado indiscreto continúa:

—¿Cómo es que no la ponen Vdes. hoy?

—¿A quién?

—Hablo de la obra.

El autor no puede resistir aquel interrogatorio que le humilla, y se vá al escenario con un pretexto cualquiera. Los demás asistentes al saloncillo comienzan á hablar de cosas ajenas al asunto y entonces el aficionado saluda y váse diciendo para sí:

—¡Caramba con esta gente de teatro! Parece como que le dispensa un favor á uno con saludarle. Ya se ve. ¡Como está acostumbrada á que le aplaudan!...

Aun son peores otros aficionados que tratan de consolar al autor, después de una derrota y entran á estrechar su mano diciéndole:

—Nada, nada; la obra no ha gustado, pero no debe V. desanimarse... A otra, á otra.

—¿A otra silba?—pregunta el autor con asombro.

..

En los teatros hay siempre algún señorito que se pasa la noche entre bastidores, porque está enamorado de la dama ó de la graciosa, ó á veces de la propia característica.

Nosotros conocemos uno que se llama Morón y es un muchacho muy guapito, con buena ropa, que fuma puro en boquilla y lleva casi siempre una flor blanca en el ojal; la cual flor pasa diariamente á manos de la dama joven, á quien é adora en silencio.

Morón se coloca en la primera caja de bastidores, mientras está el telón levantado, y cuando nó, anda por el saloncillo, por los cuartos de los actores ó por el escenario, donde recibe dos ó tres porrazos todas las noches. Viene un *asistencia* con una cómoda y ¡pum! choca con Morón, pasa otro con un sable y le pincha sin querer, cruza la escena el segundo apunte con la palmatoria en la mano y le quema el gabán.

Pero Morón es feliz todas aquellas horas que pasa cerca del ser amado y se dejaría hacer tajaditas con tal de poderla decirle una vez que otra:

—Ay, Casilda! ¡Que divinamente ha dicho V. esta noche la relación del segundo acto!

Algunas veces le pregunta un actor malicioso:  
—Pero diga V., Morón. ¿Tiene V. algo con la Ibañez? ¿Sigue V. amándola platónicamente?  
—No sea V. mal pensado—contesta Morón algo ruboroso.  
—¡Hombre! No trato de ofenderle, pero es V. algo *panoli*.  
Morón no acierta á comprender el significado de aquella frase y se aleja pensando:

—¡Qué cómicos estos! Hablan de la Ibañez con una falta de respeto... ¡Una chica tan formal, tan virtuosa!...

Él cuida del pañuelo de la Ibañez mientras sale á las tablas y lee todas las noches la tablilla de los ensayos á fin de que ella no se moleste. Cuando está resfriada la obsequia con caramelos: si tiene que sacar flores á escena, él acude todas las noches con un ramo... ¡Qué finísimo es el pobre Morón!

—Casilda—la dice una noche—Yo tendría mucho gusto en acompañarla á V. hasta su domicilio, no por nada, sino porque va V. mal así, custodiada solamente por la doncella.

—No, Morón, no se moleste V.

—No me molesto. Desde esta noche seré su acompañante.

—De ningún modo. ¿Qué diría la gente?

Ella no acepta la compañía de Morón; pero acepta reconocida las flores, los caramelos, y las alhajas con que la obsequia el día de su santo ó la noche de su beneficio.

—¡Que muger tan honesta!—dice Morón, á solas con sus recuerdos.

Y la ve marchar todas las noches hacia su casa en compañía de la doncella, que es otro conjunto de virtudes.

—Buenas noches, Morón.

—Buenas noches, Casildita.

—Hasta mañana.

—Si Dios quiere. Tápese V. bien.

—Muchas gracias.

—La noche está muy fría.

En la esquina de la calle hay un hombre embozado, que en cuanto ve á la Ibañez se le acerca sin saludarla. Ella se apoya en el brazo de aquél hombre, y ambos desaparecen calle arriba seguidos de la doncella.

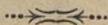
Llegan al portal y suben los tres.

La puerta se cierra para no volver á abrirse hasta el otro día por la mañana.

Aquel hombre misterioso es el segundo apunte, viejo, feo, casado y con hijos.

LUIS TABOADA.

CONFITEOR.....



I.

—¡Padre! ¿es pecado soñar?

—Si son cosas malas, sí.

—Yo he oído que aun así no se podía pecar.

Por que como entonces uno de su voluntad no es dueño...

—Es un auxiliar el sueño del enemigo importuno.

Porque hay luchas borrafcosas fuera del libro albedrío,

que al recordarlas... (¡Dios mío, tiene este niño unas cosas!)

¿Y qué es lo que sueñas, qué? Porque no es raro á tu edad...

—Sí he de decir la verdad, señor cura, no lo sé.

—¿Diablos, fantasmas?..

—¡Horror!

—¿Algún mónstruo horrible y feo?

—Hace tiempo que no veo nada de eso, no señor

Hoy siento en mi desvarío

los más extraños placeres

¡Siempre sueño con mugeres!

¡Qué mugeres, padre mío!

—¿Qué dices?.. Es necesario

que no vuelvas á soñar,

por lo cual debes rezar,

al acostarte, el rosario.

—Lo haré así, padre, más yo...

—La oración salva y espero

que ella te ayude.—Sí, pero ...

ya verá V. como nó.

II.

—¿Te has enmendado, no es cierto?

—Según.

—Pues ¿qué ha sucedido?

—Que antes soñaba dormido

y ahora ya sueño despierto.

—¿Cómo es eso?

—Si, señor;

porque aquellas seductoras

visiones encantadoras,

ya se han reunido...

—¡Peor!

—¡Ay, nó! pues de esa manera

que yo no acierto á explicar,

ha venido á resultar

una muchacha hechicera

¡anta gracia y hermosura

me producen no se qué;

porque ¡si supiera usted

lo guapa que es, señor cura!..

—¡Esto más! ¡Pobre de tí

si caes en tentación!

Oración, mucha oración

y te salvarás así.

El tra.dor ángel del mal

te arrastra: el paso deten.

—Eso se dice muy bien,

padre, pero se hace mal.

Porque, sin querer, la miro

cuando ella amante suspira

y... ¡Me parece mentira

que traiga tanto un suspiro!

—Desgraciado, ten valor,

reza mucho y huye de ella.

—Pero, padre ¡si es tan bella!

—La gloria es más.

—¡No, señor!

III.

—¿Qué?

—Tras una mariposa

la vi á la orilla del río;

perdonadme, padre mío,

pero ¡estaba tan hermosa!

Mi ayuda quise prestar

y ella aceptó sonrojada.

¿Se enfada Vd.? ¡si esto nada

tiene de particular!

La pobre mariposilla

de tal modo fué á caer

que al cogerla, sin querer,

la dí un beso en la megilla

y ella me abrazó ¡Es tan buena

que sus gracias me prodiga!

Despues ¿quiere V. que siga?

nos sentamos en la arena

y...

—¡Basta, basta, por Dios!

Reza cuatro salves, hijo;

porque si sigues... de fijo.

vamos á pecar los dos

SINESIO DELGADO.

¡SI SUPIERA ESCRIBIR!...

(PARODIA)



I.

—¿Me escribe usted una carta, cabo Guerra?

—¿Qué me vas á pagar?

—Una copa de vino de la tierra.

—Pus vamos á empezar.

«Mi estimada *Grabiela*; punto y coma;

¡mi tesoro! ¡mi edén!

¡Requetepreciosísima paloma!...»

¿Qué tal?—¡Requetebien!

«Las cartas que me escribes me entretienen.»

—¿Lo sabeis?...—¡Animal!

Para un cabo, los quintos siempre tienen

*el pecho de cristal.*

Y ahora dicta.—Corriente; ¿otra terneza?

—Lo que quieras decir.

—¿Qué la diría yo?—Vamos, empieza.

—¡Déjeme discurrir!

Allá vá: «Pus sabrás que estoy contento.»

—Contento, bien ¿qué más?

—«por que me aprecia mucho mi sargento

y *toos* los demás.»

«Me distingue llamándome salvaje

el señor coronel

y á *denguno* le cae tan bien el traje

como á mí, en el cuartel.»

«Tengo los guantes puestos todo el día

y estoy hecho un señor

y el furriel de la cuarta compañía

¡me ha nombrado aguador!»

«He *estao* de centinela en la Armería

y en el Palacio *Rial*;

¡cómo siga á este paso, el mejor día

me nombran general!...»

«Verás por qué: la reina en carretela

á paseo salió,

y no lo crearás, pero ¡ay *Grabiela*!

¡la reina me miró!»

«Y me ha dicho un *soldao reenganchao*

que lo debe saber

que con eso ya tengo *adelantao*

mucho *pa* Brigadier.»

«Estoy *mu* orgulloso, las mujeres

se *dirriten* por mí;

pero á mí las mujeres... ¡que si quieres!...

¡en teniéndote á tí!...»

II.

«No te digo estas cosas *pa* que mandes...

ni por *ná* de interés...

¡Aun me sobran á mí dos perros grandes

del sueldo de este mes...!»

«Pero si quieres darme alguna cosa,

y la quieres mandar....

envía lo que quieras ¡preciosa!

que no me he de enfadar.»

«¿Tienes un duro, prenda? ¡Qué alegria!

¡Envíale, por Dios!

Oye: si tienes dos, mejor sería....

que mandarás los dos.»

«Sin mas por hoy, recuerdos á Facundo

y á Rita y á Daniel,

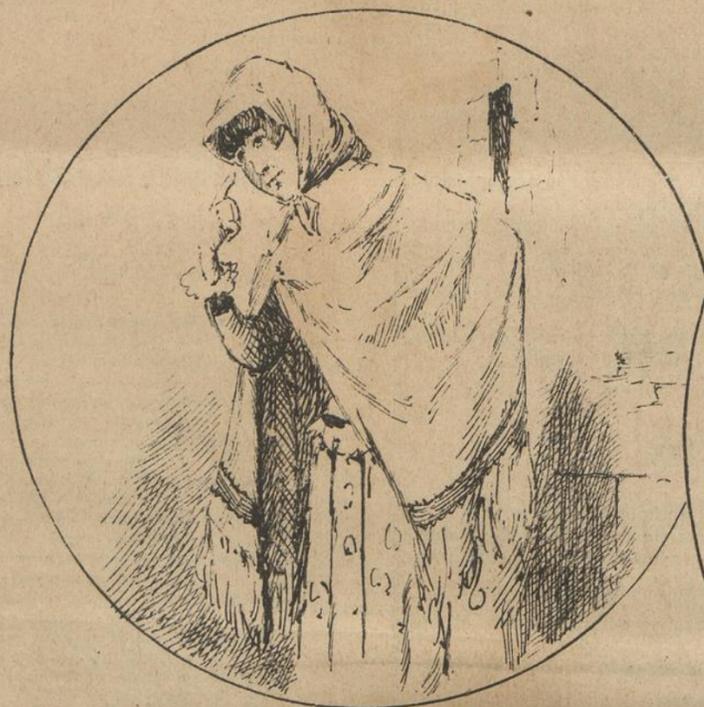
y á Eduvigis, y á Petra y á Raimundo

y á Lucas y á Ezequiel.»

«Dá memorias al chico de *Troncazo*

á Juana y á Tomás,

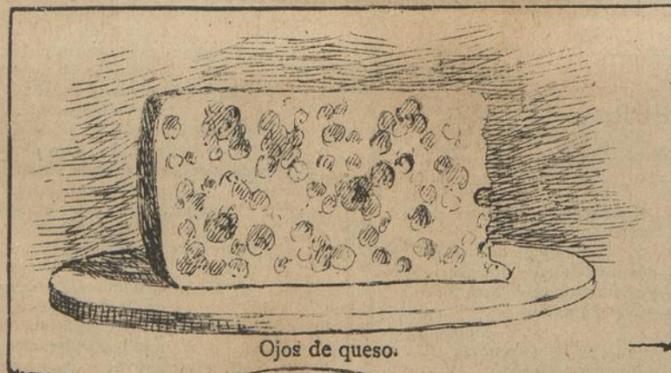
y mándame dos besos y un abrazo.»



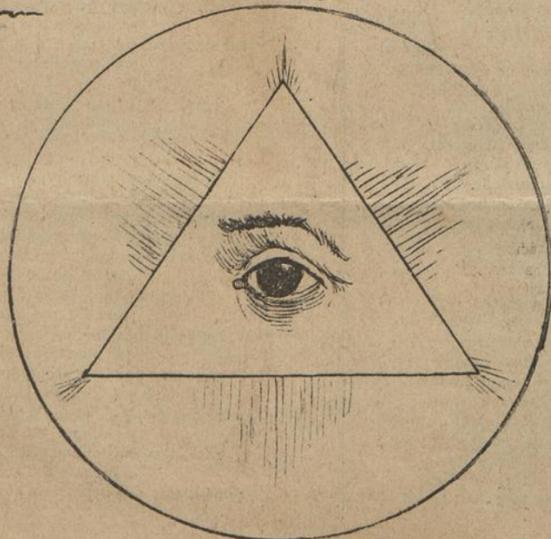
¡Ojo!



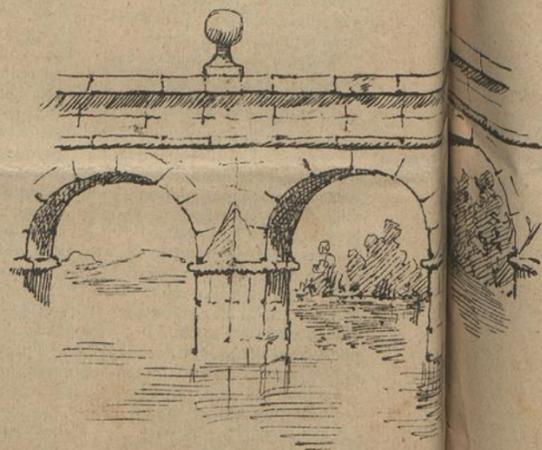
... es un antojol  
... chical  
... pudiera  
... el ojo.  
¡Que  
¡Ay,  
entra



Ojos de queso.



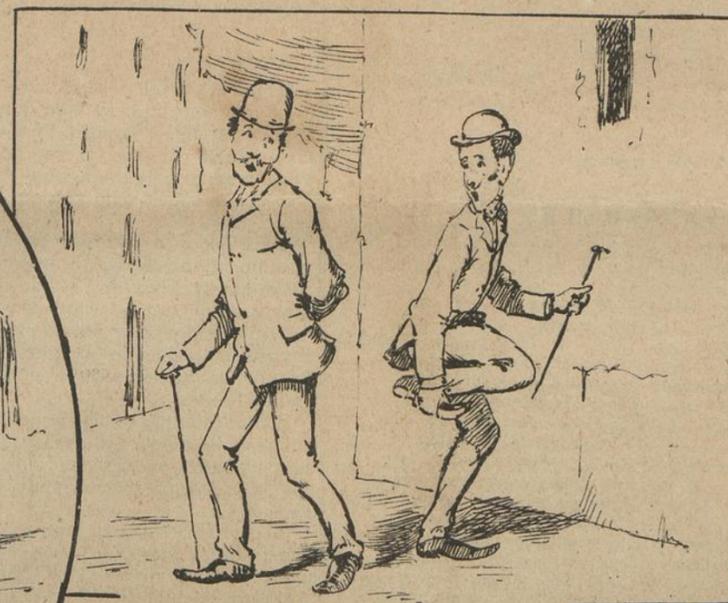
El ojo de la Providencia.



De un puente



Ojales.



Ojos... de gallo.



Las hembras del ojo.  
(Las hojas)



Aunque está echado el cerrojo,  
debe ver algo muy grave,  
por el ojo  
por el ojo de la llave.

—Es poco; pide más.  
—¡Como la escribe usted!... Yo ya lo haría  
que lo que es por *pidir*....  
¡Recontra! ¡Lo que yo la *pidiría*  
si supiera escribir...!

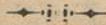
## III.

—Ahora el sobre, las señas y termino:  
«Provincia de León.

A *Grabiela* Fernandez del Camino.  
Villamelocotón»

JOSÉ BORRÁS.

## EN EL BAILE



—Ay, hija, á los ménos flojos  
les dán tus ojos desmayos;  
no son miradas, son rayos  
lo que salen de tus ojos.

¿De quién no harán las delicias  
los ojos, los lábios esos...?  
Lábios cargados de besos,  
ojos llenos de caricias...

Es en vano que, discreta,  
veles tu cara bonita  
tras esa dueña maldita  
á que llamamos careta.

Aunque haya algún animal  
que morir no ánsie en tus brazos,  
¿quién no admirará los trazos  
de tu seno escultural?

¿Hay quien loco no te siga,  
si contempla enamorado  
tu breve talle, delgado  
como el tallo de una espiga?

¿Quién, sin merecer un palo,  
no te adora si te vé...?

¡Ay, máscara, esconde el pié!

¡Mira que me pongo malo!

¡Quiéreme! Fiel te he de ser  
hasta el día que me muera.

—¡Qué diría, se te oyera,  
tu pobrecita muger...!

—¡Ah! ¿Me conocías?  
—Sí.

—¿Y á mi muger?  
—A los dos.

—¡Entonces calla; por Dios,  
y ten compasión de mí!

—¿Comasión? ¡que tontería!

—¿No es una vida horrorosa  
la de aquel que toma esposa  
tan fea como la mía?

Si ella tuviera tus ojos,  
tu linda boca, tu seno...

¡corriente! santo y muy bueno  
que yo no la diera enojos.

¡Pero, ay! ¿quién resiste en calma  
á mi muger? ¿Hay quien no..

—Y si fuera como yo  
¿la querrías?

—¡Con el alma!

Pero... dejemos de hablar  
de esto, ó pierdo mi alegría.

Oye, mascarita mía,  
¿quieres venirme á cenar?

Tomaremos chocolate...  
trufas... pescado... y despues.

¡Por Dios, esconde esos piés,  
mira que hago un disparate!

¡Vamos! Allí sin caretas  
los hombres os admiramos:

¡ya verás que bien cenamos!

—Por Dios ¡no me comprometas!

—¡Ven! ¡Allí, cuando tus rojos  
lábios abra la pasión,  
ver podré tu corazón  
por el balcón de tus ojos!

Allí, reina de belleza,  
Jerez iremos libando,  
y verás, verás tú cuando  
se nos suba á la cabeza..!

—¿Vienes...? ¡Gracias!.. Siéntate  
y ten confianza en mí:

¡mozo, mozo! ven aquí;  
tráete ron, vino, café,

cóngrio, besugo, atún, pan,  
ternera, merluza, fresa...

Vuelca, en fin, sobre la mesa  
todo, todo el restaurant.

Con que ¡basta de etiqueta!  
¡mirame, mírame así!

¡Pronto, pronto, ven aquí  
que te arranque la careta!

Con el verdadero amor  
ni hay vergüenza ni embarazos:

¡Máscara, ven! ¡A mis brazos!  
¡este es t i puesto de honor!

¡Qué pueda yo al cabo ver  
tu hermosura sin más velos:

¡fuera la careta!.. ¡Cielos!

—¿Me conoces?...  
—¡¡Mi muger!!

JOSÉ MIGUEL ALMODÓBAR.

## PICO DE ORO

CUENTO POPULAR.

## I.

Trabajillo nos costará, ahora que estamos en invierno el trasladarnos, aunque solo sea con la imaginación, á la ciudad de Búrgos, dejando la benigna temperatura de las marismas de Vizcaya, donde fructifica el naranjo y el limonero, porque la temperatura de Búrgos es tan fría que allí, cuando el termómetro de Reaumur señala el grado de congelación, exclaman las gentes: «¡Qué, si tenemos una temperatura primaveral!» Pero ello no hay remedio: hemos de trasladarnos allá, si hemos de oír al famoso Pico de Oro, que va á predicar en la nunca bastante ponderada catedral de Búrgos.

¿No saben VV. quién es Pico de Oro? Pues él muy nombrado es, porque en las iglesias siempre está uno oyendo exclamar á las mujeres: «¡Jesus, qué pico de oro!»

No sé si habrá más Picos de Oro que uno, pero el de mi cuento era un fraile dominico tan célebre en toda Castilla por su elocuencia en el púlpito, que en cuanto se anunciaba que iba á predicar en cualquiera parte, no quedaba pueblo alguno entre la cordillera Cantábrica y la Carpertana de donde no fuera gente á oírle.

## II.

La buena, la religiosa, la caballeresca, la hidalga, la histórica, la monumental ciudad de Búrgos estaba alborotada con la noticia de que el famoso Pico de Oro iba á predicar en su santa iglesia catedral, y con tal motivo, de toda Castilla la Vieja acudían las gentes como en romería á la ilustre *caput Castellæ*, aunque, como de costumbre, hacia en Búrgos un frio que... ya, ya.

¡Para qué queria Búrgos capitanía general, ni audiencia, ni presidio, ni universidad, ni instituto, ni seminario, ni demonios colorados, si el famoso Pico de Oro fijase allí su residencia y echase aunque no fuera más que un sermoncito cada semana! Pero dejémosnos de digresiones y vamos al asunto. El asunto era que habia llegado el gran día, el día en que el famoso Pico de Oro hiciese resonar su elocuentísima voz en la catedral de Búrgos.

Veinte catedrales como aquella, y eso que no es floja, no hubieran bastado para dar cabida á la muchedumbre que se agolpaba á las puertas del templo codeándose, estrujándose, apabullándose, despachurrándose, por entrar á oír al famoso Pico de Oro.

La catedral estaba ya tan llena que al papa-moscas le temblaban las piernas cada vez que salía á machacar en la campana, temiendo que la catedral pegase un estallido.

Por fin el señor arzobispo se arrellanó en el sillón pontificio, colocado en el presbiterio, y un ¡ahhh! de satisfacción se exhaló de todos los gáznates al ver aparecer en el púlpito al famoso Pico de Oro.

## III.

Como no es cosa de que yo vaya á encajar aquí entero el sermón del famoso Pico de Oro, me contentaré con dar á conocer su resumen, que los adeptos á la última moda francesa llamarán análisis.

Despues de anunciar en el exordio que se proponía encarecer las penas del infierno, para lo cual imploraba las gracias del Altísimo, el predicador entró en materia y fué diciendo lo que en resumidas cuentas vamos á ver.

«Amados oyentes míos: los tormentos del infierno son tales que sólo pueden concebir alguna idea de ellos los hombres de bien que se meten en pleitos, los pobres pandonorosos que se casan con ricas nécias, los alcaldes de los pueblos divididos por las pícaras elecciones, los que en España viven del cultivo de las letras y las artes, los que están gobernados por gentes que han pasado la vida conspirando para coger la sartén del mango, y finalmente, los españoles.»

El auditorio se estremeció de espanto al oír esto, y el orador continuó.

«Ya veis, amados oyentes míos, que en Búrgos hace un frio de doscientos mil demonios. Pues el frio que aquí hace es tortas y pan pintado comparado con el que hace en el infierno.»

El señor arzobispo pegó un respingo en su asiento, y el auditorio lanzó un grito de horror al oír que en el infierno hacía aun más frio que en Búrgos.

«¿Veis, continuó el orador, los carámbanos de hielo que cuelgan de los canalones de esta santa catedral? Pues en el infierno, hasta en las alcobas hay colgaduras como esas.»

El señor arzobispo echaba al orador unas miradas que parecia querérsele comer vivo, y el público alzaba los ojos al cielo, pidiendo al Señor misericordia.

«Sí, amados oyentes míos, continuó el famoso Pico de Oro, haceis bien en pedir al Señor que os libre de los tormentos del infierno, porque en el infierno es tan horroroso el frio, que hasta cuando se asan los pájaros hay que llevar una fundita en las narices, porque si no, se le hielan á uno.»

Al señor arzobispo un color se le iba y otro se le venia, y el público lloraba de terror y arrepentimiento dándose en el pecho cada puñetazo que se le hundía.

El famoso Pico de Oro proseguia:

«Para que no creais que exagero al encarecer los tormentos del infierno, os diré que allí, hasta cuando á uno le sirven el

chocolate hirviendo, para tomarlo hay que romper con los nudillos de los dedos el hielo que le cubre.»

El señor arzobispo echó mano á la mitra para tirársela á la cabeza al predicador, pero conteniéndose y no pudiendo aguantar más en su sillón, se levantó y se fué á la sacristía á tomar un vaso de agua, porque parecía que le iba á dar algo.

En cuanto al auditorio, estaba tan arrepentido de sus pecados, que los confesaba á gritos y pedia á Dios que le librase de las penas del infierno

IV.

El famoso Pico de Oro bajó del púlpito altamente satisfecho del saludable efecto de su oratoria, y al dirigirse á la sacristía hubiera reventado de orgullo á no ser tan modesto, porque todo el mundo exclamaba:

—¡Jesús, Jesús, qué pico de oro!

En la sacristía encontró al señor arzobispo hecho un veneno de santa indignación.

—¡Amigo, exclamó su ilustrísima al verle, me ha dado usted un rato de padre y muy señor mío!

—¿Por qué, ilustrísimo señor? le preguntó Pico de Oro con mucha calma, tomando un polvo con permiso de su ilustrísima.

—¡Alabo la pregunta! exclamó el señor arzobispo indignado. ¿Conque se pone V. á decir que en el infierno hace frío, cuando precisamente sucede todo lo contrario?

—¿Y por eso está incomodado vuestra ilustrísima?

—¡No, que estaré bailando de contentol

—¿No ha visto vuestra ilustrísima el efecto que mi sermón ha hecho?

—Y tres más que lo he visto; pero por eso mismo me duele y hasta me indigna el que, habiéndole dado á V. Dios tan asombrosas facultades oratorias, no saque de ellas todo el partido que debiera sacar. ¡Cuidado que me ha hecho gracia la ocurrencia de decir que hace frío en el infierno!

—Entendámonos, ilustrísimo señor. ¿Qué me propuse yo al dirigir la palabra al público burgalés?

—Lo que V. anunció en el exordio: inspirar horror al pecado que Dios castiga con el infierno, encareciendo los tormentos que en el infierno sufre el pecador.

—¡Ajá! Estamos conformes. Ahora, dígame su ilustrísima: ¿qué es lo que sobra en Búrgos?

—Frio.

—¿Y qué es lo que en Búrgos falta?

—Calor.

—Perfectamente. Pues siendo así, dígame á los burgaleses que en el infierno abunda el calor que en Búrgos falta, y todos querrán ir al infierno; pero dígameles que en el infierno abunda el frío que en Búrgos sobra, y no querrá ir al infierno ninguno.

El señor arzobispo alargó la mano al famoso Pico de Oro al oír esto, y exclamó sacando á su vez la caja del polvo y tomando uno de los más morrocotudos:

—¡Dios de Dios, lo que saben estos padres dominicos! ¡Parece que han estudiado con los padres jesuitas!

ANTONIO DE TRUEBA.

Bilbao.

EL ALCOHOL.



Prestando audacia y valor,  
brindando placer sin freno,  
siendo del pesar veneno  
y asesino del dolor,  
¿puede extrañar, ¡vive el cielo!  
que tengas adoradores  
y que te colmen de honores  
á cambio de tu consuelo?

Adorarte es de razón.  
¿Qué católico se ha visto  
que siendo sangre de Cristo  
no te preste adoración?

A veces te hacen cristiano,  
te bautizan, te bendicen...  
pero entonces todos dicen  
que es mejor el mahometano.

¡La botella! Limpia y bella,  
sin polvo y telas de araña,  
aun cuando encierre Champaña,  
no me gusta la botella.

Mujer si es vieja, me aqueja,  
botella joven, me irrita.  
La mujer, muy jovencita,  
pero la botella, vieja.

Champagn, Jerez, Chipre, Ron,  
Borgoña, Rhin, Marrasquino...  
fuego abrasador, divino,  
motores del corazón.

El alcohol es profesor  
de talento exhorbitante.  
¿Quieres ser sabio al instante?  
Pues entrégate á su ardor.

¿Se apura el Oporto? Pues  
ya empezamos á ser sábios,  
desprendiendo de los lábios,  
palabras en portugués.

¿Se bebe Rhin con afán?  
Pues al punto entona un joven  
melodías de Beethoven  
en el idioma alem n.

Al influjo vaporoso  
del dulce Chartres que excita,  
nunca falta quien recita  
algun canto religioso.

Del riquísimo y anciano  
Borgoña unas cuantas gotas;  
arrancan al alma notas  
en armonioso italiano.

Bebed, si quereis hablar.  
Del Cariñena al calor,  
se alza cualquier bebedor  
convertido en Castelar.

En idiomas y elocuencia  
tienes tu especialidad;

pero en contabilidad  
también es fuerte tu ciencia;

Porque sin saber contar  
quien bebe, suele ocurrir  
que le dá por dividir,  
restar y multiplicar.

¡Oh, néctar consolador!  
Tu eres un sabio profundo  
que hasta haces girar el mundo  
en torno del bebedor.

Tu saber es un saber  
que vale muchas pesetas.  
¡Si yo escribo estas cuartetas  
es gracias á tu poder!...

F. ULACIA Y BEITIA.

¿QUIÉN ES EL PRIMO?



Un pelete empalagoso,  
ignorante y presumido,  
porque se halla en relaciones  
con la hija de un ministro,  
va diciendo á todo el mundo  
por afán de darse pisto,  
que le sirvo de pantalla  
en sus tontos amorios,  
y que sus planes secundo,  
corriendo siempre el ridículo,  
porque me toman el pelo  
de un modo muy expresivo...  
Pero no sabe ese tacha  
que mientras él pasa frío,  
hablando con mi primita,  
que vive en un tercer piso,  
yo me estoy tranquilamente  
oculto tras los visillos,  
escuchando sus palabras

y cariñosos epítetos  
y diciendo á mi parienta  
palabras por el estilo.  
Pues si tal cosa supiese,  
y supiese que le birlo  
todo cuanto la regala  
cuando quiere hacerse el fino,  
y supiese que me entero  
de sus menues caprichos,  
y supiese que me cómo  
los dulces y pastelitos  
con que la obsequia á menudo  
á fuer de amante cumplido,  
sabría sobradamente  
y de un modo positivo,  
que yo soy primo tan solo  
de los hijos de mis tios,  
mientras que él en sus amores  
es de todo el mundo primo.

A. LIMINIANA.

CHIRIGOTAS

¿Ha visto V., lector mio,  
la Guerra en tiempo de paz,  
que hace días se está haciendo  
en el teatro Principal?

La comedia es de las buenas  
que se han visto y se verán,  
fina, correcta y galana...

Pues ¿y graciosa? ¡hasta allá!  
La Tubau está admirable  
(¡que me gusta la Tubau!)  
los demás ¡caracolitos,  
que bien lo hacen los demás!

El público el teatro llena  
de un modo fenomenal,  
justificando con ello  
lo que Palencia dirá:

—Con guerras como esta Guerra  
¡cualquiera busca la paz!

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

J. B.—Barcelona.—Ya vería Vd. que no fué posible. Precisamente es en esa sección donde más turno hay que esperar: así es que...

Suscritores.—Barcelona.—Será Vd. complacido.

A. P.—Madrid.—¿Podría Vd. mandar el epigrama firmado ya? Porque como no pone Vd. el pseudónimo que usó y se reciben aquí tantísimas cartas, temo hacer un disparate. Lo de esta semana es muy incorrecto.

F. C.—Madrid.—¡Por vida de los asuntos gastados!

Sgelstrom.—Sarriá.—Incorrecta. Y además el tema es el de una poesía de Irayzoz que tuvimos la honra de publicar hace poco.

H. Z. G.—Gijón.—Bueno, pero horroroso se escribe con h. ¡Digo, me parece!

Un infeliz.—Barcelona.—¡Hola, saleroso! No sabemos si dar de mano á la cuestión esa. Si no es así, se publicará la suya. De lo contrario... paciencia. No vaya V. ahora á olvidarnos, eh?

Dios.—Cartagena.—Malísimo, muy malo, más malo de lo que V. puede figurarse. Ah! y para otra vez escójase un pseudónimo quo no me obligue á faltarle el respeto al Padre Eterno.

Un chulo.—Gracia.—Pus miá chico, que incorvertas lo son, pero en lo tocante á gracia... ni esta ¡Si parece mentira que viva Vd. en Gracia, hombre!

Molino de Nestos.—Reinosa.

Las suaves ondas, el dulce beso  
del cefrillo y el lago hermoso...  
¡Caracolitos, qué lindo es eso!..  
¡pero qué soso!

## EN EL CAFE



—Dime, Perico, ¿ha estado aquí Rosario?  
 —¡Y qué guapa, canario!  
 —¿Con quién?—Con un alférez de marina,  
 que por cierto me dió buena propina.  
 —¡Oh, furor! ¡Ah, veletas!  
 —Le traeré las chuletas.  
 —¡Mujeres! ¡Siempre ingratas!  
 —¿Solas las quiere usted?—No, con patatas.

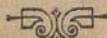
MÁQUINAS PARA COSER PERFECCIONADAS DE TODOS SISTEMAS

## VERTHEIM

Últimas y las mas recientes invenciones **LA ELECTRA**, funcionando absolutamente sin ruido.—Al contado y á plazos. **AVIÑO 18 bis.**—Barcelona.



AL GLOBO



CARMEN 31



Todo aquel que pretenda comprar sombreros, no solo muy baratos, sino muy buenos, que vaya *Al Globo*, que es un bazar surtido cual ningún otro. Es su dueño galante fino y atento, porque da como nadie barato el género,

y á más regala una caja, un cepillo ó una corbata. Son tan buenos sombreros los que allí venden que el que una vez los compra vuelve cien veces. Conque, id al punto de la *Calle del Carmen* al treinta y uno.



A LOS CONTRAHECHOS  
(ESGARRATS)

APARATOS  
ORTOPÉDICOS

SISTEMA  
PALAU

para corregir toda clase de desviaciones del cuerpo humano, piernas y brazos artificiales con todas sus articulaciones.

**BRAGUEROS MECÁNICOS**, REGULADORES para alivio y curación de las **HERNIAS** (vulgo **TRENCATS**).

Se garantiza la eficacia de todos los aparatos que salen de este establecimiento, recomendados por todos los facultativos, contruidos por el especialista

Sr. Palau, *calle Ancha n.º 14*, al lado de la Iglesia de la Merced.—BARCELONA.

Consultorio-ortopédico de 8 à 1 y de 3 à 8.

## LA ECONOMICA



Sastrería la que trabaja más barato y todo muy bien hecho.

Se confeccionan trajes á medida y toda clase de prendas para caballero á reducidísimos precios.

**PERFECCION Y ECONOMIA**

(Hospital)—*Cadena número 3, tienda.*

GRAN FABRICA

## DE CEPILLOS

21, SAN RAMON, 21

## TIENDA DE ROPAS

—13, FORTUNY, 13—



Por cesar en el comercio se venden todos los géneros con gran rebaja de precios.

**Calle de Fortuny, 13 Tienda.**